

pensar en ellos en lo sucesivo? Van á quedarse sin padre, y pueden al ménos suplir con sus inocentes caricias las que yo no podré ya hacerte. Carlota, he hecho todo lo que he podido para conservarme. Creía que debía hacerlo por tí, y sobre todo por mi país; me parecía que el pueblo estaba fascinado respecto á los sentimientos de tu desgraciado esposo; que abriría los ojos algun dia, y que entónces sabría por mi boca cuán caros me eran sus intereses. He creído deber vivir tambien para recoger respecto á mis amigos todos los monumentos que pudieran ser útiles á su memoria. En fin, yo debía vivir para tí, para mi familia, para mis hijos. El cielo lo ha dispuesto de otro modo, y muero tranquilo. Había prometido en mi declaración, cuando los acontecimientos del 31 de Mayo, que sabría morir al pié del cadalso, y creo poder afirmar que cumpliré mi promesa. Amiga mia, no me compadezcas. La muerte, á lo que me parece, no tendrá para mí angustias muy dolorosas. He hecho ya un ensayo de ella. He sufrido por espacio de un año entero mil trabajos de toda especie, y no he murmurado. En el momento de cogermé, me he apuntado dos veces con una pistola á la frente, pero esta arma traidora ha burlado mis esperanzas. No quería ser cogido vivo. He tenido la ventaja de haber bebido con anticipacion todo lo que el cáliz tiene de amargo, y me parece que este momento no es tan penoso. Carlota, modera tu dolor y no inspires á nuestros hijos sino virtudes modestas. ¡Es tan difícil hacer el bien de la patria! Bruto hiriendo á un tirano y Caton atravesándose el pecho para libertarse de él, no pudieron evitar que Roma fuese oprimida. Creo que me he sacrificado por el pueblo. Si en recompensa recibo la muerte, tengo la conciencia de mis buenas intenciones. Es muy dulce pensar que llevo al sepulcro mi propia estimacion, y que tal vez algun dia el pueblo reconozca la infame correspondencia que ha tenido conmigo. Amiga mia, te dejo en la miseria. ¡Qué sentimiento para mí! Pero aún cuando te dejase todo lo que poseía, no tendrías ni aún pan, porque tú sabes que, digan lo que quieran, yo no tenía nada. Sin embargo, Carlota, no te desesperes al pensar en tu infelicidad. Trabaja, amiga mia, aún puedes hacerlo. Enseña á tus hijos á trabajar cuando tengan edad para ello. ¡Oh, querida mia! ¡Si tú pudieras con esto no tener necesidad de acudir á los extraños! Sé orgullosa como yo. Espera aún, espera en el que todo lo puede: él es mi consuelo en el último momento. El género humano reconoce su existencia hace mucho tiempo, y yo, que necesito pensar en que el órden ha de existir en alguna parte, no puedo dejar de creer en la inmortalidad de mi alma. Ese Dios, á cuyo tribunal voy á comparecer, es grande, justo y bueno. Voy á presentarle un corazón, si no exento de debilidad, al ménos exento de crímenes y puro de intencion, y como ha dicho muy bien Rousseau, «el que se duerme en el seno de un padre, no pasa miedo de lo que le sucederá al despertarse». Besa á mis hijos, ámalos, críalos, consuélate, consuela á mi madre y á mi familia. ¡Adios, adios para siempre! Tu amigo, —SALLES.»

IV

«¿Y tú quién eres?» —le preguntaron á Guadet. «Yo soy Guadet... Verdugo, —continuó el Esquino de la Gironda, —haced vuestro oficio. Id con mi cabeza en la mano á pedir vuestro salario á los tiranos de mi patria. Nunca la vieron sin palidecer; cuando la vean ahora, palidecerán todavía.» Al ir á la guillotina se diri-

gió al pueblo, y dijo: «Miradme bien, ved al último de vuestros representantes». Cuando hubo subido al tablado, quiso hablar, pero los tambores ahogaron su voz. «Pueblo, —exclamó indignado, —hé aquí la elocuencia de los tiranos: ahogan los acentos del hombre libre, para que el silencio cubra sus maldades.»

Barbaroux, Petion y Buzot supieron en Saint-Emilion la prision y la muerte de sus colegas. La tierra, minada para ellos en todas partes, no podia tardar en tragárselos. Por la noche salieron de su refugio, llevando por toda provision un pan, en el que la prevision de su huésped habia metido un pedazo de carne fiambre, y ademas tenían algunos puñados de guisantes verdes en los bolsillos de sus vestidos. Marcharon á la ventura una gran parte de la noche. El largo descanso de sus miembros en los asilos en donde languidecian hacia ya ocho meses habia enervado sus fuerzas, y sobre todo las de Barbaroux. Su estatura hercúlea y una obesidad precoz le inutilizaban para andar.

Al amanecer, los tres amigos se encontraron á las inmediaciones de Castillon, aldea cuyo nombre y posicion ignoraban. Era el dia de la fiesta del pueblo; el pito y el tamboril recorrían todos los senderos, convocando ántes de la aurora á los habitantes á los banquetes y á los bailes. Algunos voluntarios con su fusil al hombro pasaban cantando por el camino. Los fugitivos, asustados y aterrorizados por su situacion, turbados por el insomnio y por la calentura, creyeron que tocaban llamada y que se esparcian por los campos para cogerlos. Se detuvieron y se agruparon al abrigo de una alameda para deliberar lo que debían hacer. Algunos pastores que los observaban de lejos, vieron de pronto salir un fogonazo, oyendo á poco la detonacion de un arma de fuego. Uno de los tres hombres sospechosos cayó contra el suelo, y los otros huyeron á todo correr y se perdieron en un bosque inmediato. Los voluntarios acudieron al tiro, y encontraron á un jóven de talla elevada, de aspecto noble, con la mirada aún fija en su propia sangre; se habia roto una quijada de un pistoletazo. Como tenía la lengua partida, no podia expresarse sino por signos. Le llevaron á Castillon. Su ropa estaba marcada con una R y una B. Le preguntaron si era Buzot, y dijo que no con la cabeza. Preguntado en seguida si era Barbaroux, hizo un signo afirmativo. Conducido á Burdeos en un carretón, y regando el suelo con su sangre, fué reconocido por la belleza de sus formas, y la cuchilla de la guillotina acabó de separar su hermosa cabeza del tronco.

V

Nadie sabe lo que los bosques y las tinieblas ocultaron durante muchos dias y muchas noches de la suerte de Petion y de Buzot. El suicidio de su jóven compañero, ¿fué á sus ojos una debilidad, ó un ejemplo? ¿Se tiraron cada uno un pistoletazo á la aproximacion de algun animal montaraz, que tomaron por el ruido de los pasos de los hombres que los perseguian? ¿Se abrieron las venas al pié de algun árbol? ¿Murieron de hambre, de cansancio ó de frio? ¿Sobrevivió el uno al otro? El que quedó el último, ¿espiró sobre el cadáver de su compañero? Y en fin, ¿murieron en algun lúgubre y nocturno combate contra los animales carnívoros que los seguian para devorarlos? El misterio, ésta que es la más terrible de las narraciones, cubre aún los últimos momentos de Buzot y de Petion. Sólo se sabe que unos escardadores encontraron algunos dias despues de la muerte de Barbaroux.

esparcidos en un campo de trigo y á orillas de un bosque, dos sombreros rotos, dos pares de zapatos y algunos trozos de vestidos que cubrían dos montones de huesos humanos despedazados por los lobos. Estos vestidos, estos zapatos y esta osamenta, ¿eran los restos de Petion y de Buzot?

El suelo de la república no tenía ni aún una sepultura para los hombres que la habían fundado. Toda la Gironda había desaparecido con estos dos últimos tribunos. Dejaron al tiempo que adivinase el enigma de su popularidad. El uno, que había sido llamado el *Rey Petion*, y el otro, á quien por irrisión llamaban también el *Rey Buzot*, habían venido desde París y desde Caen á buscar su destino en un surco de los campos de la Gironda. ¡La tierra del federalismo devoraba á aquellos hombres, á aquellos culpables de un sueño contra la unidad de la patria! ¿Debemos juzgarlos? ¿Se juzgan acaso unas osamentas descarnadas y dislocadas por las bestias feroces en un campo de muerte? No; lo que se hace es compadecerlas, darles tierra, y pasar de largo.

VI

La revolución, en los últimos meses de 1793 y en los primeros de 1794, parecía volver hácia atrás, como un vencedor después de la victoria, para herir uno á uno á los hombres que habían intentado moderarla ó detenerla, principiando por los que estaban más cerca y acabando por los que estaban más distantes; empezó por los girondinos y sus partidarios, siguió con los constitucionales, y finalizó con el exterminio de los realistas.

Los grandes nombres de la Asamblea constituyente parecían ser unas protestas palpitantes contra las teorías de la república. La soberanía constitucional, que los monárquicos habían defendido, acusaba la tiranía del comité de salud pública. La libertad legal que habían mostrado en perspectiva, contrastaba con la dictadura de la Montaña. No se podía dejar con vida á estos testigos, á estos acusadores, aunque fuesen mudos. Mirabeau no existía, el Panteón le había sustraído del cadalso; Lafayette expiaba en los calabozos de Olmutz el crimen de su moderación; Clermont-Tonnerre había muerto degollado el 10 de Agosto; Cazales y Maury estaban desterrados; los Lameth andaban errantes por el extranjero; Sieyes callaba ó dormitaba al pié de la Montaña; el lado derecho gemía en las cárceles; pero Barnave, Duport, Bailly y los constitucionales vivían aún, y se pensó en ellos. Un recuerdo de los jacobinos era sentencia de muerte. ¡Desgraciado del nombre que se pronunciase en alta voz! El de Barnave resonaba aún en la memoria de los reformadores de la monarquía.

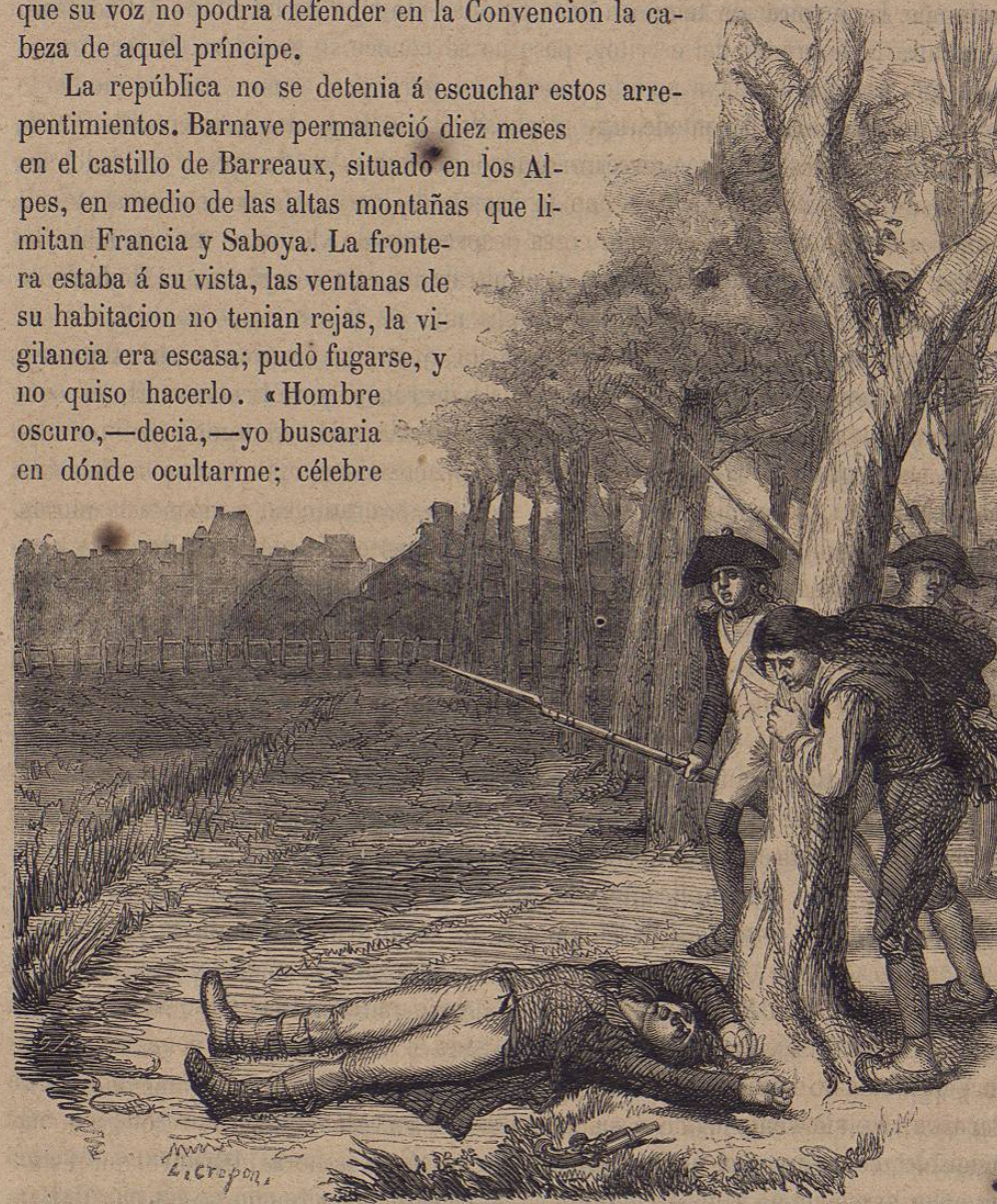
VII

Desde el 10 de Agosto, Barnave, inútil ya para aconsejar á la reina, se había retirado á Grenoble, su ciudad natal, en donde le habían recibido como á un hombre que había ilustrado su patria con el brillo de su talento y con la probidad de su vida, no afeándole que se separase del movimiento republicano, que iba más adelante de sus opiniones. Se le consideró como uno de esos instrumentos que los pueblos arrojan á un rincón cuando no les hacen falta, pero que no inutilizan. Barnave, sin aplaudir á la república, pero sin protestar contra ella, se limitó á cum-

plir con sus deberes de ciudadano. No quiso recurrir á la emigración, cuyo camino tenía abierto á pocos pasos de la casa de su padre, continuando en el goce de aquella estimación popular que sigue siempre por algún tiempo á los que han perdido una brillante posición. En París le habían implicado en las sospechas que se hacían correr, en 1791, á propósito de un pretendido comité austriaco. Fauchet le había hecho incluir, así como á los Lameth, Duport y Montmorin, en un acta de acusación que remitía á aquellos consejeros secretos de Luis XVI ante el tribunal superior de Orleans.

Barnave supo el crimen que se le imputaba por su acta de acusación, y fué preso en su casa de campo de San Roberto, en las cercanías de Grenoble. Conducido á la cárcel de esta ciudad, su madre consiguió verle, disfrazada de mujer del pueblo. Desde el interior de la cárcel Barnave seguía las fases de la revolución y los infortunios del rey. No sentía su prisión sino porque su voz no podría defender en la Convención la cabeza de aquel príncipe.

La república no se detenía á escuchar estos arrepentimientos. Barnave permaneció diez meses en el castillo de Barreaux, situado en los Alpes, en medio de las altas montañas que limitan Francia y Saboya. La frontera estaba á su vista, las ventanas de su habitación no tenían rejas, la vigilancia era escasa; pudo fugarse, y no quiso hacerlo. «Hombre oscuro,—decía,—yo buscaría en dónde ocultarme; célebre



Prision de Barbaroux.—Pág. 259.

y responsable de los grandes actos de la revolucion, debo permanecer á la vista de todo el mundo, para responder con mi cabeza de mis opiniones.»

VIII

Empleó Barnave todo el tiempo que vivió en aquella incertidumbre en extender sus ideas y completar sus estudios políticos, profundizando el espíritu de las revoluciones humanas al estruendo de las revoluciones de su país, y escribió unas meditaciones sociales é históricas que le han sobrevivido, y en donde se encuentra más sabiduría que genio. Barnave aparece allí como el representante fiel de aquel buen sentido general de una nacion que aunque señala los abismos, no hace progresos materiales ni abre ninguna nueva senda al espíritu humano. Hasta el estilo es frio y descolorido en aquel escrito, como la expresion de verdades un poco comunes. La inspiracion tampoco hace palpitar ninguna de las fibras del corazon; se admira la honradez del escritor, pero no se conoce su grandeza. Parece imposible que aquella voz haya podido ponerse en parangon ni áun por un momento con la de Mirabeau. No puede uno explicarse aquella pretendida rivalidad entre estos dos oradores sino por un error óptico de todos los tiempos y de todos los pueblos, que nivela, mirándolos con la pasion de las circunstancias presentes, á hombres entre quienes el porvenir, más despreocupado ya, no ve nivel posible.

Barnave no merecia ni la gloria ni el ultraje de esta comparacion. Hombre de inteligencia limitada y de palabra fácil, era uno de tantos como se hallan en el foro, cuya elocuencia es un arte del espíritu, y no una expresion del alma. Su verdadero honor fué haber sido digno de ser derrotado por Mirabeau. El deseo de sobrepajar en popularidad al que estaba tan léjos de igualar en genio, le hizo adelantar por espacio de algunos meses ciertas proposiciones que fueron fatales á la monarquía y á su propia gloria. Como hombre honrado, adquirió por la pureza de su vida pública y por un generoso reconocimiento á su desgraciado rey cierto derecho á los aplausos arrancados ántes por malos medios á la multitud. Abdicó su popularidad desde que conoció que no podia conservarla sino á costa de un crimen.

IX

En cuanto Barnave llegó á Paris, el comité de salud pública no supo qué hacer de él. Danton, que habia regresado de Arcis-sur-Aube, quiso salvarle, y así se lo prometió á su madre y á su hermana. Estas señoras habian seguido á su hijo y á su hermano como dos suplicantes, sin apartarse en todo el camino de las ruedas del coche que le condujo á Paris. Danton no se atrevió á cumplir lo prometido. La única gracia que obtuvo Barnave fué la de abrazar á su madre y á su hermana por última vez. La defensa que hizo de su propia causa ante el tribunal es de una elocuencia exquisita y abunda en ideas brillantes. Pero en donde la poderosa voz de Vergniaud no habia hallado eco, ¿cómo podia hallarle la fria argumentacion de Barnave? Volvió sentenciado á su calabozo. El animoso Baillet, su colega en la Asamblea constituyente, fué á consolarle en sus últimas horas. Barnave, que estaba abatido, se quejó á Baillet de que se le privase del alimento necesario por el cálculo de sus verdugos. «Querrán—le decia—deshonrar mi muerte atribuyendo á

mi alma una debilidad que sólo está en el cuerpo, por no darle todo el alimento que es indispensable para mantenerle en todo su vigor.» Este cálculo no es verosímil. Poco le importaba al pueblo el modo, con tal que las víctimas muriesen.

Duport-Dutertre, ministro que habia sido de Justicia, fué asociado á Barnave en el juicio y en el cadalso. Despues de su sentencia, se contentó con decir desdenosamente á sus jueces: «En resumen, el pueblo mata á los hombres, pero la posteridad los juzga.» Duport mostró en la carreta más firmeza que su compañero. Se le vió con frecuencia dirigirse á él y reanimarle. La actitud de Barnave revelaba un cuerpo enfermo, y un alma más á propósito para la tribuna que para el suplicio. Su gran nombre, pronunciado por mil bocas á la vez, infundia un religioso silencio á la multitud. Parecia que el pueblo reflexionaba sobre aquel monstruoso cambio de popularidad. No insultó al orador, pero dejó que pereciese en el cadalso.

X

Quedaba únicamente Bailly. Parecia que el pueblo queria desquitarse con sus ultrajes del aprecio que poco tiempo ántes habia manifestado al antiguo corregidor de Paris. Los pueblos suelen tomar estas venganzas. Es casi tan peligroso ser muy apreciado de ellos como agraviarlos, porque castigan á sus ídolos por haberlos seducido.

Bailly, hombre honrado, filósofo sabio, astrónomo ilustre, apasionado por la libertad, porque ésta era una nueva verdad conquistada en beneficio del hombre, alimentaba en su espíritu la religion del género humano. Su culto, ilustrado por una razon madura, se elevaba hasta la fe, pero no hasta el fanatismo. Quería que las ideas y hasta las revoluciones giraran como los astros en el espacio, con el poder, la majestad y la regularidad de un plan divino. Creía que los pueblos debian ser conducidos ordenadamente hácia un progreso racional por mano de sus mejores ciudadanos, y no por las sediciones convulsivas de la multitud. Rechazaba la monarquía absoluta como una mentira social, pero lo único que se proponía era debilitarla sin destruirla, aliviando poco á poco á la nacion de sus cadenas, temiendo que obrando de otro modo, el pueblo, mal preparado aún, se precipitase á la par del trono en el abismo, y cayese á impulsos de la anarquía en otra esclavitud más terrible que la primera.

Presidente de la Asamblea nacional, fué el primero que prestó el juramento en el Juego de Pelotas, y la conducta que observó desde entónces estuvo constantemente en armonía con estas dos ideas: quitar el poder despótico á la corte, y restituir parte de este poder al rey para conservar cierta gradacion en la conquista y cierto orden en el movimiento. Este hombre era una especie de Lafayette civil, uno de aquellos á quienes las nuevas ideas impulsan hácia adelante y á quienes colman de estimacion y de honores para acreditarse en su nombre. El de Bailly era una inscripcion en el frontispicio de la revolucion. Si Bailly no estaba al nivel de este destino por su genio, lo estaba por su carácter. Su administracion habia sido una serie de triunfos del pueblo sobre la corte. Cuando las agitaciones sangrientas principiaron á manchar las victorias del pueblo, Bailly habló como sabio y obró como magistrado. En un dia perdió la popularidad de toda su vida política. Este dia fué aquel en que, unidos los girondinos á los jacobinos, fomentaron la insurreccion del